

SPURSITO

JUAN DEMONIO Y LA OPERACIÓN MAFIA



SPURSITO

**JUAN DEMONIO
Y LA OPERACIÓN MAFIA**

mñ

© Spursito, 2023

Edición y fijación del texto: Héctor López Camus, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de portada e interior: © Ivonne Arlette Barrón Macias (Rawder), 2023

Diseño de interiores: María Pitironte

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-270-5091-4

Depósito legal: B. 3055-2023

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Black Print

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1.

CAPÍTULO 2.

CAPÍTULO 3.

CAPÍTULO 4.

CAPÍTULO 5.

CAPÍTULO 6.

CAPÍTULO 7.

CAPÍTULO 8.

CAPÍTULO 9.

CAPÍTULO 10.

EPÍLOGO.

LOS PAPASITOS, 11

UN MISTERIO «KAROLINO», 27

UN NUEVO DESTINO, 41

LÍO EN EL CASINO, 57

CONOCIENDO A LOS SABROSOS, 73

EL SÍNDROME DE LISBOA, 87

UN ROBO REGULERO, 101

DE SELFI EN SELFI, 117

KAROLINA ENTRA EN ACCIÓN, 133

EL DESPACHO GUARDA UN SECRETO, 149

LA LLAMADA DE ROGELIO, 165

CAPÍTULO 1

LOS PAPASITOS

—Juan, he esperado tanto este momento...

Karolina se acercó contoneando las caderas, mientras Juan Demonio la esperaba tranquilo, aparentando ser todo un hombre.

—¡Halaaa! Digo... yo también. —Lo había pillado por sorpresa, pero ese no era el momento para perder la compostura.

Karolina se acercó un poco más y se detuvo a apenas unos centímetros del rostro de Juan. Entonces, cogió su cara entre las manos y se aproximó a sus labios, con los ojos cerrados.

«Por fin ha llegado el momento», pensó Juan cerrando también los suyos.

Y justo cuando sus labios estaban a punto de tocarse, un pitido comenzó a sonar.

Juan dio un respingo en su cama y despertó de su dulce sueño. El ruido seguía allí. Buscó con la mirada y descubrió que era su móvil, sonando y vibrando sobre la mesita de noche de su cuarto.

—Vale, también es mala suerte. Podía haberse esperado un poquito más.

Estiró el brazo y alcanzó el móvil. En la pantalla aparecían el nombre y la cara de Mariano. ¿Se habría oído lo que estaba pasando en su sueño y había decidido estropeárselo? Más le valía que no o tendría que vérselas con él.

—Sí, dígame.

—¿Qué pasó, cabroncete? —respondió la voz de Mariano. Parecía muy entusiasmado.

—¿Qué tal, Mariano? ¿Cómo te va?

—Pues nada, aquí, echándote de menos, golfillo.

—¿Para eso me despiertas, macho? Ya te vale.

Juan estuvo a punto de colgar, todavía enfadado por la interrupción de su fantasía.

—Pero ¿estás en la cama? ¡Yo te hacía en el colegio!

—¿Cómo? —Juan comprobó la hora. ¡Las once de la mañana! Otra vez a su madre se le había olvidado despertarle.

«J****, es que así no hay quien apruebe», pensó.

—Pues entonces te voy a ir dejando, Mariano. ¡A ver si llego a Lengua por lo menos!

—¡No! ¡Espera, no cuelgues todavía!

—A ver, pesao...

—Juan..., ¡que estamos en Barcelona!

Juan, sobresaltado, se levantó de la cama.

—¿En Barcelona? ¿«Estamos»? ¿Tú y quién más?

—¡Oé, oé, oé, Juuaan Demoooooiooo! —Juan escuchó el cántico de Rogelio.

—Madre mía, menuda parejita. ¿Qué hacéis por aquí? —preguntó Juan.

—Venga, vístete, que te pasamos a buscar. Hemos venido porque tenemos una misión guapísima y tú tienes que unirme, así que en diez minutos estamos por ahí. ¡Cambio y corto! —informó Mariano, y acto seguido colgó.

Nervioso, Juan lanzó el teléfono sobre la cama y abrió su armario. ¡Una misión! Eso le apetecía mucho más que el cole. Buscó su camiseta y su pantalón favoritos, se calzó sus deportivas y, tras coger la mochila, cerró la puerta de la habitación con un sonoro portazo.

Al pasar por la cocina, se encontró a su madre leyendo una revista. Su primer impulso fue empezar a discutir con ella por no haberle avisado para ir al colegio, pero luego lo pensó mejor. Aunque le daba mucha rabia que no lo cuidase más, al final la jugada le había salido bien. Ahora tenía una misión y encima iba a ir muy descansado.

Así que para qué enfadarse.

Pasó por su lado para llegar hasta el frigorífico y coger un poco de leche y un bollo.

—Qué, ¿al cole? —preguntó su madre sin levantar la mirada de la revista.

—Claro, mamá. Jaaaaa.

Juan volvió a pasar por su lado sin que su madre le preguntase de qué se reía. Se despidió y salió a la calle.

Hacía demasiado calor para el mes en que estaban, pero a Juan ya todo le parecía bien. Solo esperaba de puntillas a que llegasen sus amigos, a los que hacía mucho que no veía.

De repente, el ruido de un motor llegó a sus oídos y un deslumbrante deportivo rojo entró en su calle quemando rueda. Venía tan rápido que al frenar en seco no se llevó por delante a Juan por un pelo.

Del interior del coche salieron Mariano y el Calvo, que se lanzaron a los brazos de Juan.

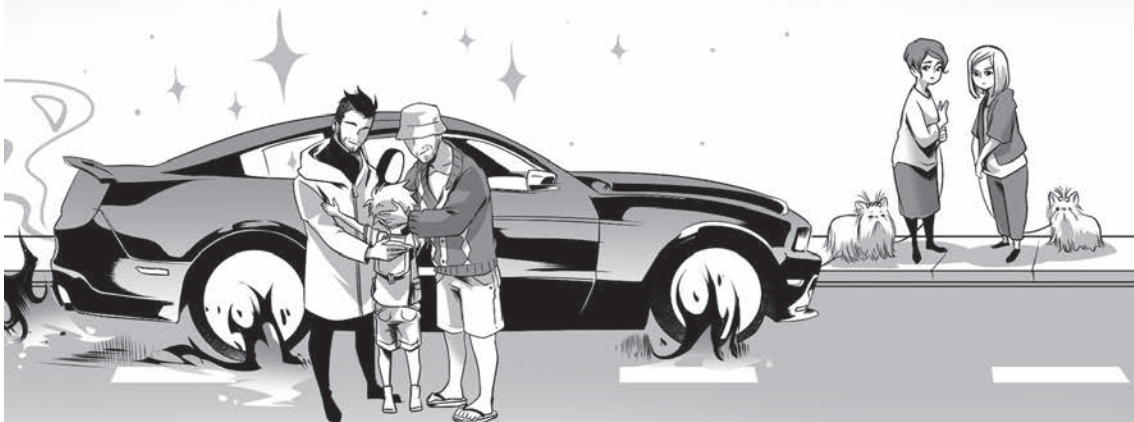
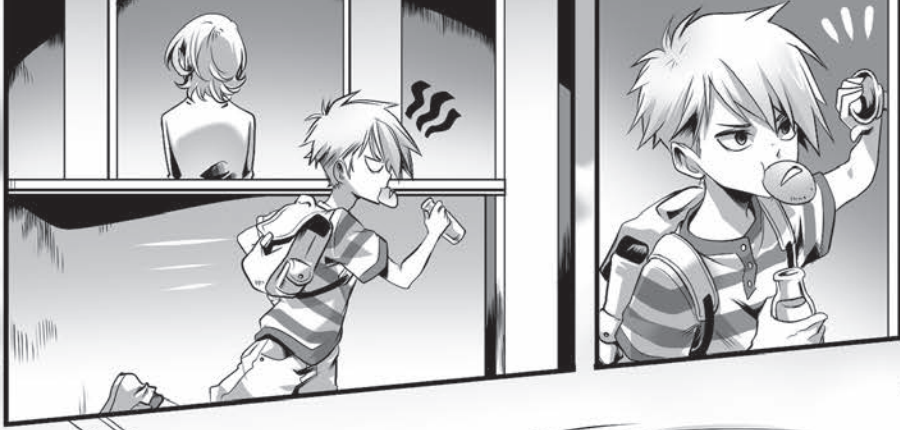
—¡Juanito!

—¡Mariano, Calvo!

—¡Vamos, niño!

Los tres estaban muy emocionados y el abrazo duró un largo rato, mientras un par de señoras que paseaban sus *yorkshires* se los quedaban mirando.

—¿Qué miran, señoras? —incurrió el Calvo al separarse, justo antes de meter dentro del coche a Juan. Una



vez los tres amigos estuvieron dentro, el Calvo aceleró de golpe.

—¿Qué? ¿Soñando con los angelitos?

A Juan le vino a la cabeza el sueño y se puso un poco colorado, así que intentó cambiar rápidamente de tema para que sus amigos no lo notasen.

—Anda, dejadme en paz y contadme qué es eso de la misión.

—¿Estás preparado, has cogido fuerzas? —preguntó Mariano volviéndose desde el asiento del copiloto.

—Claro, ¡mira! —Juan agitó el brik de leche por encima de su cabeza, derramando un poco.

—¡Niño, no me manches el coche! —El Calvo se revolvió al volante.

A Juan le sentaba muy mal que lo trataran como a un niño, así que hizo un puchero, pero rápidamente Mariano comenzó a contarle los detalles del plan y eso lo distrajo de su disgusto.

—Juan, escucha. ¡Vamos a robar un banco!

—¡Halaaa! Un banco. Qué chulo. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí, señor. Mira lo que hemos traído. —Mariano le tendió una palanca para forzar cajas fuertes.

—Halaaa, como en las películas.

Mariano y el Calvo rieron y le contaron a Juan el plan mientras este se guardaba la palanca en su mochila.

Al parecer, Rogelio necesitaba un USB que, según un chivatazo, guardaba en su caja fuerte el Banco Atlántico. El jefe de los Papisitos había decidido montar un plan maestro para abrir la caja fuerte y hacerse con el USB, y esa misión la llevarían a cabo Mariano y Juan. Mientras, él los esperaría en la habitación del hotel que había alquilado, en la que se reunirían luego.

Esto extrañó mucho a Juan, ya que él creía que había maneras más sencillas y menos arriesgadas de hacerse con un USB, pero bueno, como él era un niño y sus compañeros adultos, no quería quedar como un tonto y no dijo nada.

El plan era sencillo. Mariano sacó un plano del banco y se lo mostró a Juan. Ellos dos entrarían por la puerta principal, actuando como padre e hijo. Una vez dentro, se colocarían en la cola de la caja de la derecha, que era la que más cerca estaba de la puerta que llevaba a la caja fuerte.

Justo cuando les fuese a tocar el turno, Juan actuaría como un niño pequeño y montaría una gran pataleta. La rabieta debía ser muy fuerte, lo suficiente para distraer durante unos segundos a los cajeros y al empleado de seguridad.

Mariano aprovecharía esos segundos para abrir la puerta y colarse dentro. Con su maestría habitual, no debería llevarle más de un minuto abrir la caja y encontrar

el USB. Una vez conseguido, volvería a salir y consolaría a Juan, con la excusa de que lo único que necesitaba su hijo era salir a tomar el aire.

¡Y *voilà!* Ya estarían fuera. Un plan maestro.

—¿Qué te parece? —preguntó Mariano.

—Hombre..., a mí me gustaría tener un poco más de acción.

—¿Más? ¡Pero si la tienes tú toda! —respondió el Calvo indignado.

—No sé, yo pensaba en un atraco más a lo Bruce Willis o The Rock... —expresó disgustado Juan.

—¡Qué va, esto es mucho más difícil! Requiere una inteligencia superior, una agudeza de los sentidos, una fina y sutil capacidad para el engaño, una actuación perfecta... —enumeró Rogelio.

—¿Estás diciendo que Bruce Willis y The Rock no saben actuar? —preguntó Mariano.

—¡No! Estoy diciendo que Juan tiene que hacerlo mucho mejor o estaremos perdidos. Todo nuestro plan recae sobre él.

A Juan estas palabras lo convencieron. Cómo le gustaba que sus compañeros lo considerasen importante.

—¡Vale! ¡Lo voy a hacer genial, ya verás! ¡Qué tiemble el Banco Tántrico!

—Atlántico, Juan... Y recordad que es superimportante conseguir ese USB —respondió Rogelio.

—¡Mirad, ya llegamos!

En efecto, al final de la calle se adivinaba un cartel que rezaba «Banco Atlántico». Debajo, un pequeño cajero y una puerta de metal dorado y cristal, muy elegante.

Rogelio aparcó a unos veinte metros y se giró.

—¿Estáis listos, chicos?

—¡Sí! —contestó Mariano.

—¡Claro! —respondió Juan—. ¿Dónde están las máscaras o las medias para la cabeza?

Rogelio y Mariano se miraron y suspiraron.

Se tomaron un rato más para volver a explicar los detalles del plan a Juan Demonio, que esta vez pareció entender por qué no era necesario disfrazarse al entrar como padre e hijo, potenciales clientes del banco.

—Perfecto entonces, nos vemos en cuanto terminéis en esta dirección. —El Calvo le entregó un papelito a Mariano—. Y ahora, ¡mucho suerte!

Los tres amigos se abrazaron como pudieron dentro del coche, y tras este gesto Mariano y Juan salieron y observaron cómo Rogelio se alejaba.

Juan se colgó su mochila y, al empezar a andar en dirección al banco, sintió cómo Mariano cogía su mano.

—Pero ¿qué haces?

—Metiéndome en el papel.

—A mí déjame ir tranquilo, que me pones nervioso.

—Bueno, hombre, bueno, como quieras.

En apenas unos pasos ya se encontraban frente a la puerta. Se miraron por última vez, suspiraron y empujaron las puertas del banco.

—¡Por los Papasitos! —dijeron al unísono.

Una vez dentro, el banco era más lujoso de lo que parecía por fuera. Una alfombra verde oscuro los guio por unas escaleras hasta una estancia diáfana. Allí, varias personas hacían cola en cada una de las tres filas que llevaban hasta los mostradores.

A la izquierda, en una pequeña mesa alta con bolígrafos atados con una cadena, un par de clientes rellenaban formularios.

A la derecha, el guardia de seguridad daba pequeños paseítos en círculos, matando el aburrimiento. Al fondo, entre el mismo guardia y los mostradores, se encontraba la puerta de la que les había hablado Rogelio.

Los dos Papasitos volvieron a mirarse y asintieron. Como parecía que todo estaba en orden, se dirigieron a la cola que se hallaba más cerca de su objetivo.

Juan y Mariano probablemente no sabían lo que era la Ley de Murphy hasta ese día, pero estaban a punto de saberlo.

La ley de Murphy dice: «Si algo puede salir mal, saldrá mal». Y así fue, porque nada más ponerse en la cola, no tardó ni un minuto en salir una empleada de detrás de un mostrador para ofrecerle una piruleta a Juan.

—¡Qué niño más mono! ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, señora.

—Ay, ¡qué gracioso! Diecisiete dice...

La señora buscó complicidad en Mariano, pero cuando fue a preguntarle, este se adelantó:

—Deje al niño, señora. Que me lo está distrayendo.

Los nervios hicieron que pronunciase esta frase en un tono un poco alto, que los puso en el punto de mira de varios de los clientes y empleados. La primera en la frente.

Como hemos dicho antes, si algo podía salir mal, seguramente iba a hacerlo. ¿Os ha pasado alguna vez que en un sitio con varias colas parece que la única que no avanza es la vuestra?

Pues eso comenzó a pasar en el banco. En la fila de los dos Papisitos había un señor mayor que no se movía de la ventanilla, mientras que las otras dos filas se iban vaciando. Esto hacía que los clientes delante de Juan y de Mariano se fuesen cambiando hacia las otras colas, así que resultaba un tanto sospechoso que ellos fueran los únicos que se quedaran tras el señor pesado.

Tan sospechoso parecía que a Juan le daba la impresión de que incluso el guardia comenzaba ya a mirarlos un poco raro.

Las otras dos filas se vaciaron del todo y ya solo quedaban ellos y el señor mayor en todo el banco. Una de las empleadas de las otras ventanillas comenzó a llamarlos.

Sin mirar directamente a Mariano y hablando en voz baja por la comisura de los labios, Juan preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé. Cuando el Calvo dijo que actuásemos cuando estuviese a punto de tocarnos... ¿a qué crees que se refería? —A Mariano se lo veía muy nervioso—. ¿Podemos hacerlo ya o hay que esperar a que se vaya este señor?

—¡Oigan, por favor! ¡Pueden pasar por aquí! —La empleada seguía insistiendo, mientras los dos amigos permanecían paralizados.

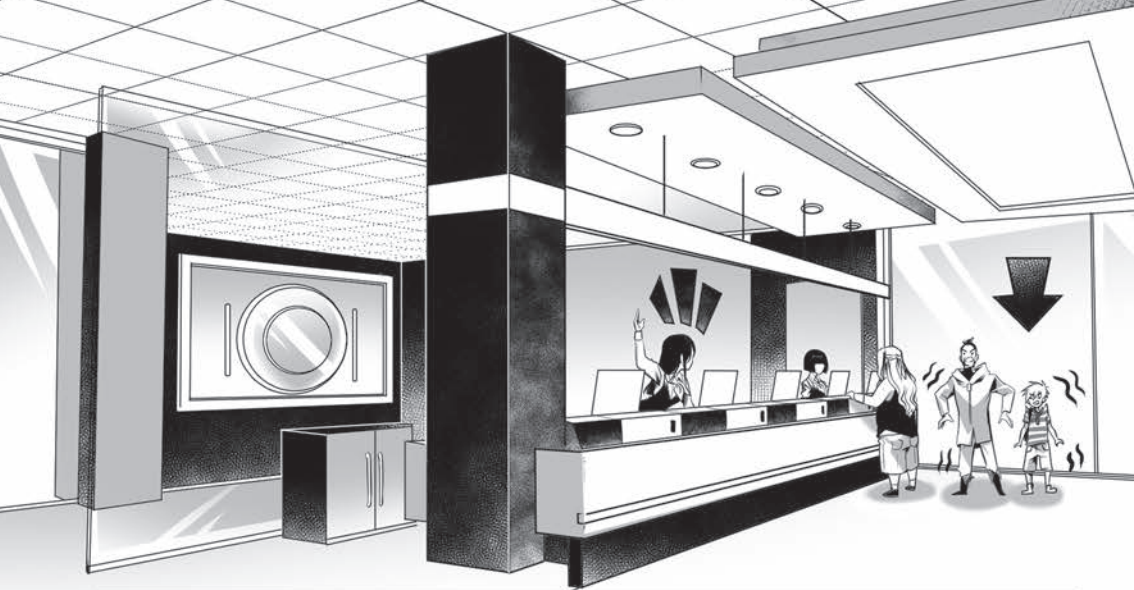
El momento estaba poniéndose muy tenso y, en ese preciso instante, el guardia decidió acercarse a la pareja para echar una mano.

—Hola, caballero, no sé si se ha dado cuenta de que esa está libre... —dijo apoyando una mano sobre la espalda de Mariano.

De pronto, el guardia interrumpió su discurso cuando vio a Juan lanzarse al suelo y empezar a revolverse como una cucaracha, con un llanto inconsolable.

—¡Quiero que me atiendan en esta ventanilla! ¡Siempre me queréis cambiar de sitio!

Todos, absolutamente todos los presentes en el banco (incluido Mariano) se volvieron hacia Juan sin dar crédito a lo que estaba diciendo el niño, que seguía quejándose



de alguna especie de injusticia sobre ventanillas y atención al cliente.

Mariano aprovechó este momento para atravesar la puerta que daba a la caja fuerte sin que nadie se percatase.

Podría pensarse entonces que no todo estaba saliendo mal, como dijo mister Murphy. Pero es que, en mitad de su rabieta, Juan se tumbó boca arriba y sintió algo duro en su espalda. Entonces cayó en la cuenta de que se había quedado con la palanca.

Y aquí Juan cometió una de sus míticas meteduras de pata.

Estaba tan metido en su papel que no tuvo tiempo para recordar cuál era el fin de su teatrillo. No quería despistarse, así que sacó la palanca de la mochila y, muy educadamente, le dijo al guardia:

—Disculpe, ¿podría darle esto a mi padre? Se le ha olvidado y lo va a necesitar ahí dentro.

Juan señaló la puerta entornada que había atravesado Mariano hacía unos segundos.

El guardia sostuvo la palanca, sin dar crédito a lo que estaba pasando. Juan volvió al suelo a seguir con su espectáculo mientras todos los presentes se miraban entre sí. El guardia, pensando que no había otra posibilidad que la de que se enfrentaba a dos locos, pulsó el botón silencioso de aviso a la policía y pidió mediante gestos a sus

compañeras y al otro cliente que se sentaran en el suelo y esperasen la llegada de los refuerzos.

Mientras tanto, Mariano, al darse cuenta de que le faltaba la palanca, volvió a salir para encontrarse con una estampa muy distinta a la que había dejado. Juan seguía dando vueltas en el suelo con los ojos cerrados, pero el resto de hombres y mujeres estaban sentados en el suelo, con cara de pavor.

—Por favor, no nos maten —dijo entre sollozos una de las empleadas.

Apenas terminó la frase, Juan abrió los ojos y unas luces de policía comenzaron a parpadear al otro lado del cristal mientras una voz distorsionada a través de un megáfono advertía:

—¡Ríndanse, los tenemos rodeados! ¡No tienen escapatoria!

Juan se incorporó y vio a Mariano, que miraba a su alrededor tratando de entender qué había pasado. Cuando fijó sus ojos en el guardia de seguridad y vio que tenía la palanca, su confusión fue total.

—Pero ¿qué...?

El guardia reparó en ello y rápidamente le tendió la palanca.

—Aquí la tiene, me la ha dado él. —El guardia señaló a Juan Demonio—. Por favor, no me haga daño.

Mariano recibió la palanca en su mano mientras preguntaba con la mirada a Juan qué diablos había hecho.

Juan se encogió de hombros mientras fuera volvía a sonar la voz a través del megáfono.

—¡Repito, no hay escapatoria! ¡Si no dan señales de vida vamos a entrar a la de tres! ¡Una, dos...!

Desde luego, al señor Murphy no le faltaba razón.